

La España "olvidada"

EN unas declaraciones hechas estos días, el nuevo ministro de Planificación del Desarrollo, don Joaquín Gutiérrez Cano, aludía al tema de las profundas diferencias que existen en España entre las zonas ricas o "desarrolladas" y las zonas pobres, llamadas "deprimidas" en el "neocastellano", como diría mi compañero Pozuelo, de los economistas. El ministro proponía, para la redención de estas regiones pobres del país, "una descentralización de áreas industriales", y hablaba de la necesidad de "dar atractivos económicos a unas tierras que han carecido de ellos durante siglos; de crear atractivos económicos en los lugares donde quedan vínculos psicológicos suficientes". No es posible dejar de celebrar que el ministro haya recordado esta cuestión en sus primeras declaraciones. Pero creo que no abuso de la confianza depositada por el gobierno en la colaboración de la Prensa si digo que los habitantes de las regiones pobres, o "subdesarrolladas", o "deprimidas" o como quiera llamárselas, han venido escuchando desde hace tiempo muy buenas palabras a propósito de su progreso económico. Se hacían planes y proyectos que a menudo —ahora ya puede decirse teniendo en cuenta que, a lo que parece, el gobierno está procediendo a un considerable "deshielo" de la retórica—, eran lanzados a los cuatro vientos triunfalmente, como si esos planes y proyectos se hubiesen hecho realidad con sólo anunciarlos. A la espera de su "redención", los habitantes de muchas de esas zonas tenían que emigrar a otras regiones o al extranjero. El Plan de Tierra de Campos, por citar un ejemplo, que afecta a buena parte de las provincias de Valladolid, Palencia, León y Zamora, ha dormido durante años en los archivos ministeriales y en las promesas oratorias de las autoridades en tránsito por aquellas tierras. Finalmente, parece que va a ponerse en marcha, paralelamente a la próxima industrialización de Palencia. Cuando llegue encontrará muchos pueblos abandonados o reducidos ya al mínimo en su población y en su capacidad creadora. Que no queda en la región suficiente fuerza de trabajo lo sugiere por sí solo el hecho de que la empresa Fasa, que va a construir su fábrica de automóviles cerca de Palencia, ha prometido que, al elegir a su personal, dará preferencia a los palentinos emigrados que quieran regresar a su tierra.

Otros planes de "desarrollo", igualmente espectaculares que éste, han sufrido en estos años el hispánico expediente del "carpetazo". ¿Qué fue del famoso "Plan Alta Montaña" de la sierra del norte de la provincia de Soria donde iba a crearse poco menos que un imperio forestal y ganadero? Nunca más se supo y, "con un poco de suerte", como dirían los castizos, para cuando quiera ponerse en práctica es probable que no quede nadie en aquellos pueblos serranos, y que se haya perdido completamente la ganadería que aún existe. ¡Y eso que se había dicho

que el plan estaba concebido "para las necesidades del año 2000!"

Debo advertir que yo no me cuento entre los partidarios del "desarrollo" tal como se viene planteando, con el desmesurado crecimiento de las ciudades en detrimento de los pueblos y de los campos. No hay duda que el proceso habría podido hacerse de una manera más racional y haber creado condiciones de vida más humanas. En las provincias donde la industrialización se ha llevado a cabo, todo el esfuerzo se ha hecho en las capitales —Zaragoza es, por ejemplo, un caso evidente—, con olvido del resto de la provin-



cia. Para la gente que se ha visto obligada a abandonar su pueblo para trasladarse a la ciudad, las ventajas han sido a menudo más aparentes que reales, aunque desde luego lo suficientemente deslumbrantes para ser irreversibles. Uno de los hombres más "antidesarrollistas" que conozco, Miguel Delibes, cuenta siempre a sus amigos, con mucha gracia, la historia de un campesino a quien él conocía, el cual le pidió que le recomendara para que le admitieran en una fábrica de Valladolid. Dice que este campesino era un hombre sano, colorado de rostro y extremadamente jovial y simpático. Tres meses después de haberle metido en la empresa, Delibes se encontró por la calle a su "protegido" y, según cuenta, estaba pálido, ojeroso y con aspecto triste y desmejorado. "¡No he vuelto a recomendar a nadie para que entre en esa empresa!", añade el novelista.

Hay que decir, claro está, que nadie en Valladolid, ni siquiera el desmedrado campesino de que habla Delibes, aceptaría una vuelta a las condiciones anteriores a la industrialización de nuestra época. Vivir en una ciudad de provincias al estilo tradicional ofrece, sobre todo a los ojos de quienes viven los agobios de las grandes ciudades y desean escapar a un lugar más tranquilo, unas ventajas que los jóvenes provincianos están a menudo deseando abandonar. Valladolid, por seguir con este ejemplo de ciudad modernamente industrializada, padece hoy tensiones que nunca tuvo cuando era una ciudad de las llamadas "de provincia" en el sentido coloquial del término. Pero ya

nadie puede decir allí la terrible frase con que respondía hace años un vallisoletano cuando le preguntaban de dónde era: "Soy nacido y muerto en Valladolid", decía.

He viajado mucho por España, y he podido ver hasta qué punto son profundas y también injustas las diferencias económicas que separan unas regiones de otras. Creo que llaman a eso "desequilibrio regional" los economistas. Es una forma eufemística de calificar el problema. Sería un cómodo expediente atribuir a la Administración todas las culpas de este estado de cosas. Hay otras causas históricas y geográficas que han hecho estas regiones poco apetecibles para el triunfalismo oficial de los "logros" y las "realizaciones". Hay también factores psicológicos. En los pueblos, en las pequeñas ciudades, la mayoría de la población está constituida por gente vieja. Los jóvenes se han marchado. "Aquí sólo quedamos los que no valemos para otra cosa", me decía un campesino en un pueblo situado cerca del puerto de Oncala, en Soria. "Aquí no hay iniciativa", "De los veinte vecinos que somos, sólo dos han querido aceptar las ventajas del crédito agrícola oficial". Las llamadas "fuerzas vivas" de muchas ciudades se resisten, a veces, a que su ciudad se industrialice. Esto dicen que pasa en Soria, en Zamora, en Badajoz, en Teruel y en otras capitales de provincia. La anunciada industrialización de Palencia, según se dice, suscitó en algunos círculos de la ciudad el comentario de que "con todo esto va a sufrir mucho la moral en Palencia". Los partidarios del despegue, en estas ciudades, hombres jóvenes que desean salir de la apatía a cualquier precio, afirman, por lo general, que esta actitud de las "fuerzas vivas" obedece a motivaciones algo menos espirituales. La industrialización hace subir los salarios y provoca la emigración campesina, con las consiguientes dificultades en el cultivo de las fincas agrícolas que constituyen la base del dominio de estas clases.

El "desarrollo" ha exigido en nuestro país un alto precio. Pueblos abandonados, pequeñas ciudades moribundas, campos sin cultivar. Me impresionaba recientemente una noticia llegada de la zona este de la provincia de Guadalajara. Decía que los lobos entraban en los poblados, y la razón era que, a causa del abandono de los campos y los montes, crecía la maleza y los expulsaba de sus guardias. Otra noticia expresiva publicaba hace unos días: "El alcalde de un municipio de Logroño ofrece regalar las casas del pueblo a quien quiera tomarlas". Era, al parecer, un pueblo próspero hace unos años, con algunas industrias. ¿Qué ha ocurrido para que muriera? ¿Qué hemos hecho para "cerrar" una parte, inmensa, de nuestro territorio? Hay una España "desarrollada", pero hay también —siempre tiene que haber dos Españas— una España "olvidada" que nos muestra la otra cara del "desarrollo". ■

LUIS CARANDELL.